

**Irlanda y Cuba: Desde un pasado con luchas complejas y solidaridades
hasta un futuro de posibilidades compartidas”**

Discurso Magistral por parte de Michael D. Higgins, Presidente de Irlanda

Colegio Universitario San Gerónimo, Universidad de La Habana, Cuba

Viernes 17 de febrero de 2017

CHECK AGAINST DELIVERY

Señor Rector de esta insigne casa de estudios,

Queridos estudiantes y profesores,

Distinguidos invitados,

Amigos y amigas,

Es para mí un honor y un placer estar aquí en Cuba, en el precioso Colegio Universitario San Gerónimo, en el sitio original de la Universidad de La Habana.

Quiero agradecer al Presidente Raúl Castro, a las autoridades cubanas y a todos

ustedes, por su calurosa bienvenida. Permítanme comenzar expresando mis más sentidas condolencias al Presidente Castro, a su familia y al pueblo de Cuba, por el sensible fallecimiento del Comandante Fidel Castro.

Es un honor ser el primer Presidente de Irlanda que visita Cuba. Nuestros pueblos – el pueblo irlandés, muintir na hÉireann, en nuestro antiguo idioma celta, y el pueblo cubano, muintir Chúba – han disfrutando de fuertes lazos de amistad y solidaridad a través de los siglos, una amistad y una solidaridad que espero que se fortalezca y reavive con mi visita.

Latinoamérica en general, junto con su desarrollo social, cultural y económico, sus batallas por la libertad y los derechos humanos, y sobre todo, el generoso corazón de su continente, han ocupado un lugar muy especial en mi corazón por más de cincuenta años.

Como benefactor de la Sociedad para Estudios Irlandeses sobre Latinoamérica (SILAS por sus siglas en inglés), me complace enormemente tener la oportunidad el día de hoy de dar este Discurso Magistral que evidencia la profunda y extensiva cátedra que existe actualmente sobre las relaciones entre Irlanda, Cuba y Latinoamérica en general. Las fructíferas colaboraciones que se han dado en años recientes, entre investigadores, entre varias escuelas de estudios irlandeses, entre instituciones que se dedican a preservar archivos, son extremadamente bienvenidas.

De hecho, es importante recordar que celebramos múltiples lazos históricos que unen a nuestras naciones, a través del océano Atlántico. El estar conscientes de la

historia, de las circunstancias que llevaron a nuestros ancestros a cruzar caminos a lo largo de los senderos del Imperio y las redes transatlánticas, es una brújula esencial que debemos utilizar para responder en conjunto a los desafíos contemporáneos y para crear nuevos futuros juntos. Esta consciencia nos permite acceder a un rico repertorio de experiencias y significados políticos, de solidaridad vívida e imaginaria, que no sólo iluminan nuestro presente, sino también abren nuevos horizontes para la cooperación entre nuestros países, llamando a que se forjen nuevas solidaridades de tipo global, regional y bilateral.

Hay muchas cosas que unen a Irlanda y a Cuba. **Tenemos tanto en común.** El pueblo irlandés y el pueblo cubano tienen en común ese orgulloso sentido de identidad nacional, pasión por la libertad, ¡así como grandes logros en el boxeo! En el pasado, nuestros pueblos compartieron la experiencia de vivir bajo la sombra de un vecino poderoso. Somos dos naciones en islas que han sido marcadas por la colonización y que han tenido que luchar por su libertad, sujeta por los imperios.

Esta mañana, me gustaría reflexionar sobre el significado de esa libertad a principios del siglo XXI, en el contexto de profundo cambio, inestabilidad e incertidumbre. También deseo reafirmar mi creencia en las posibilidades que existen para que nuestro pueblo responda creativamente a condiciones cambiantes y a crear nuevos modelos de desarrollo.

Reflexionando sobre el gran rango de discursos académicos presentados en esta conferencia, es obvio que las experiencias compartidas de Irlanda y Cuba se

desarrollaron poco a poco a través del prisma de imperios en competencia, un número muy particular de eventos históricos que incluían leyes represoras implementadas en contra del pueblo irlandés bajo el argumento de la religión y que fueron usados como instrumento de política económica dentro del proyecto colonizador. La historia de la colonización y la emigración es el trasfondo de los muchos rastros de presencia irlandesa que se pueden encontrar hoy en día en Cuba, y notablemente aquí en La Habana. Es esta misma historia que ha llevado a ambas naciones a forjar múltiples lazos de simpatía e imaginación, a intercambiar historias, sueños y aspiraciones de libertad.

Podemos recordar, por ejemplo, el gran interés que tenía uno de los catedráticos pasados de la Universidad de La Habana, el distinguido antropólogo social Fernando Ortíz, en la suerte de James J. O’Kelly, un irlandés nacionalista que a principios de la década de 1870 reportó sobre la guerra de independencia de Cuba para el *The New York Herald*. Las crónicas de James O’Kelly sobre sus arriesgados viajes a las provincias del este de Cuba en busca de campos de insurgentes – a quienes se refería con el término criollo de “Mambí” – la historia de su captura, la corte marcial y la ejecución a la que estuvo cerca por parte de las autoridades españolas en Cuba, fueron un éxito con los lectores internacionales de ese tiempo.

Publicado en 1874, el recuento de James O’Kelly titulado *La Tierra del Mambí* hizo su entrada oficial al catálogo cubano cuando fue re-publicado en 1930 con una extensa introducción biográfica a cargo de Fernando Ortíz, y de nuevo re-impreso en 1968 para celebrar el centenario de la Guerra de Diez Años de Cuba. Es

interesante notar como en el prólogo, Fernando Ortíz minimiza el rol de James O'Kelly como corresponsal de *The New York Herald*, y decide enfatizar la identidad de O'Kelly como un irlandés unido a Cuba a través de lazos de empatía nacionalista. Al hacer esto, Ortíz sitúa la interrogante cubana dentro de la geografía política transnacional y hace espacio para el nacionalismo irlandés en la vernácula cubana, describiendo al irlandés como un “mambí del separatismo antibritánico”.

Fernando Ortíz también rastrea la participación irlandesa en la causa separatista cubana, dando ejemplos como el abolicionista Richard Robert Madden y miembros irlandeses de las expediciones filibusteristas de mediados del siglo XIX de Narciso López.

El prólogo de Ortíz es una expresión de la fascinante economía de empatía que ha unido a los nacionalistas irlandeses y cubanos a lo largo de las extensas batallas por la libertad en sus respectivos países. De hecho, al mismo tiempo que los patriotas irlandeses desafiaban la relación colonial entre Irlanda y Gran Bretaña a principios del siglo XIX, un emergente sentido de soberanía tomaba forma en las colonias españolas de América Latina, que permitía la identificación e intercambios entre nacionalistas irlandeses y latinoamericanos. Un gran número de contribuciones académicas presentadas en esta conferencia examina el involucramiento del pueblo irlandés y sus descendientes, en movimientos nacionalistas y levantamientos, en Argentina, Brasil, Perú, Puerto Rico y por supuesto, Cuba.

Un ejemplo impresionante de simpatía mutua entre ciudadanos irlandeses y cubanos se puede encontrar en las obras del gran José Martí, quien dedicó un número significativo de sus *New York Chronicles* (Crónicas de Nueva York), entre julio de 1882 y mayo de 1891 al estudio socio-antropológico de la comunidad irlandesa inmigrante ahí. En estas crónicas, José Martí también escribió con detalle sobre prominentes figuras del movimiento independentista irlandés como Daniel O'Connell, quien hizo campaña por los derechos de la gente católica en Irlanda con mucho éxito; Michael Davitt, un prominente republicano y agitador agrario en el siglo XIX; así como Charles Stewart Parnell y Jeremiah O'Donovan Rossa.

Los textos de José Martí también ilustran las diferentes definiciones que fueron dadas dentro del nacionalismo para asuntos como libertad, emancipación, relaciones entre razas, géneros y clases. Esta mezcla de motivos con el nacionalismo es algo que los irlandeses y cubanos comparten en su historia, y señala las contradicciones que una historiografía adecuada no puede evitar.

Otro ejemplo, particularmente convincente, de la identificación transnacional entre ambos pueblos fue el estudiado por la Presidenta de SILAS, la Dra. Margaret Brehony, en su tesis de doctorado de 2012 con el título de "Migración Irlandesa a Cuba, 1835-1845. Imperio, Identidad Étnica, Esclavitud y Mano de Obra Libre". Buscando en archivos españoles y cubanos, Margaret Brehony relata en esa tesis la experiencia de un grupo de trabajadores irlandeses que fueron contratados en Nueva York en 1835 y traídos a Cuba para construir las vías de lo que iba a ser la primera parte del ferrocarril en América Latina.

Forzados a un brutal régimen de trabajo bajo el mando de la milicia española en Cuba, estos trabajadores de ferrocarril se sintieron identificados con otros trabajadores forzados de las Islas Canarias con los que estaban trabajando. Esto llevo a una de las primeras huelgas de las que se tienen registro en la isla de Cuba y al repudio de las autoridades por los trabajadores irlandeses a los pocos meses de haber llegado. Unos años después, algunos trabajadores irlandeses fueron encarcelados, acusados de conspirar con las personas de color en lo que ahora se conoce como el Levantamiento de Esclavos de la Conspiración de la Escalera en 1844.

El trabajo de la Dra. Brehony es una importante contribución a la historiografía del Caribe y de Irlanda, una que nos permite entender el impacto de la ideología de imperio, los valores que la dirigieron y el precio humano que se pago por la transición de tabaco a azúcar en Cuba, después de que la esclavitud fue formalmente abolida en otras partes del Caribe.

De acuerdo con Margaret Brehony, la resistencia de los trabajadores irlandeses a las prácticas coercitivas en el ferrocarril cubano, así como su identificación con la causa abolicionista en Cuba deben de ser consideradas como manifestaciones de una profunda lucha estructural y no sólo como un fenómeno esporádico. La lucha emergió de la intersección de la explotación imperial de los sistemas británico e ibérico y tiene sus raíces tanto en la creación del proletariado sin tierra propia en el siglo XIX, cómo en la experiencia de los migrantes irlandeses en los Estados Unidos con la mano de obra organizada. La historia de los trabajadores irlandeses del ferrocarril en Cuba también nos enseña que la cultura y las estrategias de

defensa desplegadas por la imaginación humana nunca pueden ser extinguidas totalmente por la colonización.

El recuerdo de estos eventos en el ferrocarril irlandés, y de todos estos lazos de solidaridad y amistad entre los irlandeses y la gente de Latinoamérica, se han mantenido con vida, no solamente por la siguiente generación de revolucionarios, sino por las historias de nuestros escritores y poetas. Aquellos que asistieron a la conferencia del día de ayer escucharon sobre la conexión irlandesa en los trabajos de Carlos Fuentes y Jorge Luis Borges, así como de la madre latinoamericana de Molly Bloom, quien recibió el hermoso nombre de Lunita Laredo de parte de su creador literario, James Joyce.

Es de hecho, esta pieza literaria entre dos partes del mundo la que determino el momento de esta visita a Cuba. Por supuesto que estaba feliz de aceptar la invitación a la Feria Internacional del Libro de La Habana, que celebra este año la edición cubana de *Star of the Sea* del autor irlandés Joseph O'Connor – la cual fue publicada por Letras Cubanas bajo el título de *El crimen del Estrella del Mar*. Ayer tuve el placer de formar parte del panel de discusión de este cautivante libro que narra la gran odisea de migrantes irlandeses a través del océano Atlántico.

Sin embargo, sería una interpretación equivocada el retratar a todos las personas con ascendencia irlandesa que han llegado a estas costas como hombres y mujeres motivados por los sueños de libertad de sus antepasados y que automáticamente se identifican con los desvalidos y oprimidos. Si bien es cierto que la migración irlandesa al Caribe en el siglo XIX se llevaba a cabo por medio de

los Estados Unidos y consistía en personas de bajo nivel socio-económico, migraciones que se llevaron a cabo antes en menores cantidades consistían frecuentemente de personas de cortes católicas de Europa y de las brigadas irlandesas del ejército español.

Mientras que en la Cuba del siglo XIX, trabajadores irlandeses “ordinarios” coexistían con la población de comerciantes irlandeses-cubanos, sembradores, esclavistas y hombres de alta jerarquía militar – personas que contribuyeron a la construcción de una economía de plantaciones dependiente de los esclavos africanos, y que estaban frecuentemente comprometidos con el libre comercio y la formación de una identidad criolla separatista. Estas personas jugaron un papel importante en la “importación” de mano de obra irlandesa a Cuba, como parte de un proyecto para “blanquear” a la población de la isla que estaba comprendida de muchos esclavos negros y sus descendientes.

Entre la población irlandesa-cubana de más edad, encontramos familias que fueron firmemente posicionadas en el corazón de la aristocracia española-cubana, como los O’Donell, los O’Gaban y los O’Farrill. Esta última familia, los O’Farrill, hizo su fortuna comerciando esclavos y azúcar y su imponente palacio aún puede apreciarse en las calles de Cuba, sólo que ahora es un hotel. El Hotel Palacio O’Farrill. Pero el representante más conocido de esta élite irlandesa colonial es probablemente Alexander (Alejandro) O’Reilly, quien creció en el condado de Meath antes de ser enviado por su padre, a una edad muy temprana, a convertirse en cadete en el ejército del Rey de España.

Conocido en su tiempo como uno de los más astutos oficiales en España, Alejandro O'Reilly es recordado en esta isla como el hombre que construyó las fortificaciones modernas de Cuba, después de la Guerra de Siete Años con Gran Bretaña. La calle O'Reilly, que se encuentra justo afuera de este Colegio, está marcada con una placa en tres idiomas – español, inglés y gaélico – con la inscripción:

“Dos pueblos de isla en el mismo mar

de lucha y esperanza: Cuba e Irlanda”

La esperanza que animaba a Alejandro O'Reilly y a todos aquellos que como él pasaron sus vidas militando en el extranjero, era que Irlanda fuera liberada del dominio británico gracias a la intervención militar de los poderes católicos en la Europa continental. Esto, por supuesto, nunca se materializó – el pueblo de Irlanda tuvo que luchar por su libertad, eventualmente ganando la batalla por la independencia a principios de la década de 1920.

¿Dónde nos deja todo esto? ¿Por qué, tal vez se preguntaran, es tan importante salvaguardar la complejidad completa de la experiencia irlandesa en este continente?

La primera razón tiene que ver con nuestro entendimiento de la noción de la libertad. Hoy como ayer, hay grandes variaciones, incluso contradicciones, dentro de los diferentes proyectos de nacionalismo. En la Cuba pre-independiente, por ejemplo, había quienes hubieran estado contentos con que Cuba se anexara a la Unión como un estado esclavo, como lo hizo Texas, para que sistema de comercio

persistiera. En Irlanda, había una clase de hacendados “nativos”, no muy diferentes a la élite criolla, que estaban satisfechos con el prospecto de la autonomía, pero, autonomía limitada dentro de la Unión con Gran Bretaña, y para quienes la noción de la libertad no conllevaba transformación social igualitaria apoyada por lo que era una minoría dentro de la República Irlandesa y el movimiento separatista.

¿Qué pasa hoy en día? ¿A qué nos referimos cuando hablamos de libertad? ¿Es la libertad que viene del miedo y la opresión la que más valoramos – libertad del control de la mente y cuerpo humano? ¿O es simplemente la libertad definida por la libertad de mercado, por el derecho al consumo ilimitado en la isla de Cuba; así como en la de Irlanda? Si compartimos la definición de libertad de Amartya Sen, que al tiempo de ser moderada, es sustancial, de que la libertad es la mejoría de las “capacidades humanas”, la habilidad de las personas para llevar vidas que tengan razón de ser valoradas, y que balance debemos de intentar tener, en nuestras sociedades, entre el “mecanismo del libre mercado” en una mano y en la otra, la regulación, la planeación, la redistribución y la provisión del servicio público por parte del Estado?

Hay, sin embargo, quienes tanto en América como en Europa, consideran que la libertad es primariamente comprendida como soberanía o “libertad nacional”.

¿Será posible preservar la independencia e identidad nacional al mismo tiempo que se establecen relaciones abiertas con el resto del mundo y relaciones de cooperación substancial con otros Estados? Yo personalmente no veo contradicciones entre el orgullo nacional y la habilidad de entablar relaciones de

cooperación regional e internacional. Creo que es necesario y posible el establecer un nuevo universalismo para nuestros tiempos – un modelo de cooperación internacional basada, no en la supremacía de algún modelo de civilización – sino en el respeto por la distintiva historia y aspiraciones de cada nación, y en todo lo que, dentro de esas aspiraciones, permita la construcción de puentes y diálogos con otras naciones. Como lo dijo José Martí:

**“Patria es humanidad, es aquella porción de la humanidad
que vemos más cerca, y en que nos tocó nacer.”**

La otra razón de porque vale la pena, creo que es la de reflexionar sobre la historia de la presencia irlandesa en el Caribe que ilumina un capítulo en la historia del capitalismo global que nos invita a evaluar críticamente nuestra condición actual. Irlandeses y cubanos operaban dentro de las líneas de migración y comercio transatlánticas que incluían migrantes forzados de África y trabajadores no remunerados de las Islas Canarias. La historia de los trabajadores irlandeses del ferrocarril descrita por Margaret Brehony se desarrolló durante un punto crítico de la transformación del capitalismo moderno, en el nacimiento de lo que ampliamente ha sido descrito como “la primera globalización”, un tiempo de formidable expansión comercial antes del cataclismo de la Primera Guerra Mundial.

Dicho periodo estuvo marcado por un auge, no sólo del comercio del azúcar, sino de la industria del caucho, con su séquito de atrocidades asociadas cometidas en contra de las poblaciones indígenas que fueron forzados a extraer el caucho de

los bosques tropicales de África y América Latina. Estas prácticas abominables, que en ese entonces ocurrían en la región del Putumayo en las Amazonas, fueron documentadas por otro revolucionario irlandés del siglo pasado, Roger Casement, en algo que se considera una antigua obra maestra de periodismo humanitario.

El sacar a la luz, como lo hizo Roger Casement, las conjeturas y las consecuencias humanas de la ideología dominante de esos tiempos – consecuencias que en su momento fueron presentadas como “naturales” y signo de “progreso” – es esencial para nuestra vida democrática.

El comercio de esclavos, una de las más horribles violaciones a la dignidad humana, ha sido formalmente abolido, sin embargo, nuestro avanzado sistema capitalista, en su distorsionada, hiper-financializada versión, es fuente de muchas injusticias, formas insostenibles de comercio e inversión, sin mencionar la destrucción de la ecología. La alfabetización fue el arma más poderosa para la emancipación de los esclavos, un poderoso respaldo para la democracia.

¿Podemos, hoy en día, inventar una nueva forma de alfabetización de la información, de tipo fiscal y económica, para evitar el dejarse llevar por la regla del capitalismo financializado sin democracia? Pienso que todos nos podemos beneficiar al reflexionar sobre las sabias palabras de Eduardo Galeano, cuando dijo:

“El sistema capitalista, la supuesta “economía de mercado” ha sacrificado la justicia en nombre de la libertad, y el supuesto “verdadero socialismo” ha sacrificado la libertad en nombre de la justicia. Al empezar este nuevo milenio, este es el desafío: queremos justicia y queremos libertad. Gemelos siameses, viviendo y caminando juntos”.

Mientras que la presión externa sobre esta isla va disminuyendo, mientras Cuba se va reabriendo hacia el mundo en este punto crítico de la nueva era, ¿podemos imaginar una nueva relación entre libertad y justicia?

¿También, podemos imaginar una nueva relación entre Irlanda y Cuba – una relación que en esta ocasión no estuviera mediada por el prima del Imperio, sino que nos permitiera compartir oportunidades y la mejora y movilidad de habilidades? ¿Podemos concebir un futuro alternativo para cooperación en materia de alimentos, ciencia, nutrición, biotecnología, entre nuestras universidades, nuestras ciudades y nuestros puertos? ¿Podría el nuevo puerto de Mariel, cuyas compuertas fueron hechas lo suficientemente grandes para que quepan los contenedores del gigante “Post-Panamax”, convertirse en un punto de comercio equitativo, junto con las redes en las que viaja, no con hombres armados y depredadores hombres de negocios, sino con comerciantes e inversionistas, así como doctores, académicos y científicos comprometidos a trabajar por el bien común dentro de una economía global sustentable que busque salvar a nuestro planeta del destructivo cambio climático?

Dicha visión no debería de ser desestimada como una mera utopía. Acabo de sugerir, a través de las palabras de Eduardo Galeano, que ni los sistemas estatales autoritarios y colectivizados del siglo XX ni la versión financializada del capitalismo global que se ha convertido en hegemonía desde la caída del Muro de Berlín son apropiados para nuestras necesidades, o adecuados para la civilización en la que todos tengamos lo suficiente de manera sustentable que la humanidad tanto necesita. Hemos llegado a un punto crítico en la historia de la humanidad. Y no hay mejor ejemplo de esta crisis sistemática que su dimensión ambiental.

Los discursos del Comandante Fidel Castro a la audiencia internacional a lo largo de los años fueron particularmente precisos al establecer la conexión entre la crisis ecológica y el sistema económico mundial. La urgencia de nuestra posición fue expresada firmemente, por ejemplo, durante su discurso en la Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Ambiente y el Desarrollo en Río de Janeiro en 1992 donde lo escuche concluir con estas palabras:

“Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta. Menos lujo y menos despilfarro en unos pocos países para que haya menos pobreza y menos hambre en gran parte de la Tierra. No más transferencias al Tercer Mundo de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinan el medio ambiente... Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.”

Si, los patrones actuales de comercio distorsionado, inversión especulativa, proliferación de la desigualdad, deuda debilitadora, consumo desenfrenado y extracción destructiva los recursos naturales son insostenibles. Hemos llegado a un punto de crisis – política, social, cultural y ecológica – que llama a la articulación de nuevos modelos de co-existencia, desarrollo y cooperación internacional.

Los dos acuerdos firmados en 2015 sobre desarrollo sustentable en Nueva York y sobre cambio climático en París, son definitivamente pasos en la dirección correcta. Sin embargo, esos marcos de cooperación internacional necesitan toda nuestra ayuda y persistencia si deseamos capturar el discurso público y la imaginación, y son cruciales, si se pueden traducir efectivamente en planes de acción regionales y nacionales. La extrema volatilidad y la incertidumbre, sin mencionar la irracionalidad y el cinismo, que actualmente caracteriza la vida política de muchos países alrededor del mundo nos llama a apoyar estos acuerdos trascendentales, a asegurarse que las palabras se conviertan en acciones y las aspiraciones en políticas.

Hay mucho que falta por ser inventado: múltiples formas de cooperación por ser experimentadas, múltiples caminos por ser explorados para una co-existencia balanceada entre los humanos y los no-humanos, que residen en este vulnerable planeta. Ahora sabemos que no hay un solo camino a la armonía social, cultural, ecológica y económica, no hay una fórmula única para el desarrollo socioeconómico exitoso.

No es tiempo de imitar una práctica previa, es tiempo de crear nuevos modelos – tiempo de juntar el coraje necesario para abandonar viejos y fallidos modelos. Y esto comienza a ser reconocido.

En su breve, pero convincente, libro titulado *“Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective”* (*“Tirando la Escalera: Estrategia de Desarrollo con Perspectiva Histórica”*), el Profesor Ha-Joon Chang, que imparte la cátedra de Economía Política del Desarrollo en la Universidad de Cambridge, llama nuestra atención al hecho de que los “Países Recientemente Desarrollados” no llegaron a donde están a través de supuestas “buenas políticas” y “buenas instituciones” como han recomendado a los países en desarrollo. Muchos de estos países, incluyendo los supuestos baluartes del liberalismo y la economía sin interferencia, como los Estados Unidos y la Gran Bretaña, consolidaron su desarrollo económico por varias décadas usando políticas e instrumentos de intervención estatal – como la protección de la industria inexperta o la exportación de subsidiarias – que hoy en día son mal vistas por las instituciones internacionales en general que abogan por el libre comercio.

Kicking Away the Ladder es un estudio enriquecedor que convincentemente desafía la sabiduría de las “recetas para el desarrollo” que le han sido prescritas a los países en desarrollo. El valor específico del trabajo del Profesor Ha Joon Chang se encuentra, desde mi punto de vista, en su acercamiento histórico a la economía – un método concreto e inductivo que contrasta fuertemente con algunas de las dominantes corrientes derivadas del acercamiento neoclásico, basado en métodos abstractos y deductivos, y una pobre visión de la conducta humana. La estrategia

del Profesor Chang también tiene el mérito de exponer la naturaleza altamente ideológica del discurso económico dominante que frecuentemente se presenta bajo el disfraz de neutralidad y objetividad.

No hay un solo camino para el desarrollo, la historia reciente también nos enseña de que el modelo de “transición” a una economía de mercado abierto no es único ni sencillo. De hecho, el sugerir que el “mercado abierto” es el punto de llegada inexorable para la felicidad individual y social es caer en la linealidad interpretativa que evoca los peores días de la teoría de modernización. En este aspecto, y en particular, los dramáticos fracasos de lo que comúnmente se conoce como el “Consenso de Washington” hay abundante crítica fina en su estudio.

Un trabajo en particular, *Latinoamérica: Desarrollo y Democracia más allá del Consenso de Washington*, del Profesor Francisco Panizza sigue el surgimiento, la implementación y el legado de un modelo dogmático y reducido, descrito por su autor principal, el economista británico John Williamson, como – y cito textual – “la sabiduría central común aceptada por todos los economistas serios de su época”. Dicha declaración seguramente sería nominada para la Academia Mont Pelerin.

El Profesor Panizza comienza su análisis en ese entonces con el fin de los regímenes dictatoriales de derecha de América Latina, que fueron asociados en gran parte con la agenda del mercado abierto. Prosigue enseñando el fracaso de las nuevas administraciones democráticas de la década de los ochentas para cumplir sus promesas de una mejor vida que trajo consigo narrativas de crisis que desplazaron los términos del discurso político del día y permitieron el cambio de

un modelo dominante de hacer política conocido como importación de industrialización substituta a un modelo de reforma de neoliberalismo radical. Interesantemente, el Profesor Panizza concluye su libro hablando de los obvios fracasos a los que la agenda neoliberal ha dado paso para nuevas narrativas de crisis, basado en el reconocimiento del crucial papel del Estado en guiar el desarrollo económico y el reconocimiento de que ninguna política de desarrollo será apropiada independiente de contexto, cultura e historia.

Permítanme hacer otra observación sobre este asunto. Pienso que es de suma importancia que no perdamos la capacidad de usar estos modelos abstractos de capital para ayudarnos a ver el capital en todas sus diferentes y cambiantes formas, que se apoyan en escenarios en particular de diferentes maneras, en diferentes periodos. Me inclino por la crítica de Vivek Chibber cuando nos advierte de que estudios sobre el colonialismo están en peligro de servir de distracción de la crítica necesaria de capital. El trabajo sobre el capital aún no está terminado, y no es un proyecto que deba ser abandonado.

Claro que las presentes circunstancias nos muestran como un capital universalizado puede ensombrecer la variedad de formas sociales que son la sustancia de los estudios sobre el colonialismo. No hay, al final, razón para ser gobernados por opciones binarias innecesarias entre teorías macro y medianas o una simple etnografía descriptiva, y no dudo que un diálogo fructífero pueda establecerse entre las valiosas perspectivas de autores como Dipesh Chakerabaty y Vivek Chibber, incluso uno que lleve a la reconciliación, al menos en cuanto a los hechos.

Queridos amigos,

Todos estamos invitados a meditar con sobre las trágicas consecuencias del estatismo represor, o incluso opresor, que se desarrolló en el siglo XX, una época de totalitarismo. Y aún así, debemos ser precavidos de evitar cualquier confusión ideológica. Hay que separar el trigo de la paja, como decimos en inglés.

Los dramáticos fracasos del Consenso de Washington en este continente, el mismo continente para el que este programa de reformas fue diseñado en primer lugar, y sus igualmente dramáticos fracasos en otros países donde fue implementado, ha demostrado (por incumplimiento) la importancia fundamental de que el Estado provea servicios básicos como educación, salud y vivienda, así como el planeamiento, dirección y entrega de resultados del desarrollo socioeconómico. Cuba nos da un ejemplo esperanzador en este aspecto, un ejemplo de un Estado que ha probado su habilidad para consistentemente proveer a su pueblo de servicios básicos como educación y salud, incluyendo en tiempos de crisis, como los experimentados por su pueblo durante “un periodo especial”. Hoy Cuba se encuentra en un umbral, en una posición muy interesante. Esta isla ya ha contradicho las expectativas y predicciones de muchos “expertos en Cuba” del extranjero, como fue demostrado por Emily Morris en una serie de excelentes artículos, incluyendo uno publicado apenas el mes pasado en la prestigiada revista norteamericana *Foreign Affairs*. El pueblo de Cuba no debe conformarse con un modelo de desarrollo predefinido; deben de ser libres de trazar su **propio camino** al desarrollo.

Nos enfrentamos, si lo puedo mencionar de nuevo, a un mundo de extrema inestabilidad. La certidumbre de antes se está desmoronando; los modelos previos se están tambaleando. Y por todos los peligros inherentes a un mundo tan volátil, debemos, juntos, aprovechar las oportunidades reales que tenemos para crear nuevas maneras de cooperación, confiando en la capacidad de nuestro gobierno de planear a largo plazo, construyendo con lo mejor de nuestro conocimiento, pero también suscitando en nuestros ciudadanos su sentido de responsabilidad ética y su gran capacidad para la innovación científica y tecnológica. Hay mucho que se puede ganar al confiar en la creatividad de nuestros ciudadanos y al impulsar el abierto y libre intercambio de ideas, así como el fomentar una dinámica cultura de pensamiento innovador, crítico e independiente.

Que Irlanda y Cuba exploren juntos todos los caminos que sean posibles para una transformación social positiva, que reabramos, juntos, la interrogante de las estrategias de desarrollo alternativo que existen para las pequeñas naciones en un mundo altamente interdependiente y que motivemos la capacidad de nuestros ciudadanos de responder creativamente, con solidaridad verdadera, a las cambiantes condiciones. Esa es la globalización que necesitamos construir. Mi esperanza es que nuestras naciones puedan hacer contribuciones significativas a la construcción de un mundo pacífico y multipolar – un mundo en el que los beneficios de ciencia y la tecnología se utilicen para servir a la humanidad en vez de que se desperdicien en la industria armamentista – que Cuba e Irlanda hagan esta contribución, no sólo como naciones individuales, sino a través de sus respectivas estructuras de cooperación regional.

La cooperación regional es, de hecho, un área en la cual los irlandeses y los cubanos, ciudadanos de Europa y ciudadanos de América Latina, tienen mucho que aprender uno del otro. Me complace que las relaciones entre la Unión Europea y Cuba ya no sean gobernadas por la llamada “Posición Común” y le doy una gran bienvenida a la firma, en diciembre pasado en Bruselas, del primer **Acuerdo de Diálogo Político y Cooperación entre la Unión Europea y Cuba.**

También le doy la bienvenida, como muchos otros Jefes de Estado alrededor del mundo, al progresivo acercamiento entre los Estados Unidos y Cuba. Como dijo el Presidente Obama el 22 de marzo de 2016 durante su histórica visita a esta ciudad:

“Cuba no debe ser definida por estar en contra de los Estados Unidos”

Esta declaración resonó particularmente con nosotros los irlandeses, que hemos entendido, con el pasar de los años, pero también por ser parte de la Unión Europea desde 1973, que Irlanda no debe ser definida por estar en contra de la Gran Bretaña.

Los recientes acuerdos firmados entre Cuba y los Estados Unidos muestran cooperación mutuamente benéfica entre enemigos pasados. Estos beneficios hacen que sus dos naciones trabajen juntas en el seguimiento de huracanes, protección de la biodiversidad, compartiendo información sobre contaminación y la exploración geológica marina conjunta. Cuba y los Estados Unidos ahora trabajan juntos en la investigación del cáncer, un campo en el que los médicos cubanos

sobresalen, y en la prevención y cura de enfermedades infecciosas, como la devastadora epidemia del Zika, que Cuba ha combatido con gran efectividad.

Finalmente, y más importante, las instituciones regionales de América Latina tienen gran potencial para articular modelos de desarrollo alternativos. Estoy pensando, por supuesto, en la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), pero también en agencias de desarrollo regional como el Banco Interamericano de Desarrollo y la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), los cuales han evolucionado en los últimos años a ser una firme crítica al acercamiento reducido al desarrollo propuesto por el Consenso de Washington. Este movimiento representa para la CEPAL, una bienvenida de regreso al generoso espíritu de uno de sus primeros directores ejecutivos, Raúl Prebisch, quien también fue el Secretario General fundador, a mediados de los años sesenta, de un importante, aunque frecuentemente marginalizado, órgano de las Naciones Unidas: La Conferencia sobre Comercio y Desarrollo o CNUCYD en español.

En su discurso de aceptación del Doctorado Honoris Causa que recibió por parte de la Universidad de La Habana, la actual Secretaria Ejecutiva de la CEPAL, Alicia Bárcenas, describió clara y convincentemente el rol de su institución en el trazo de los distintivos caminos al desarrollo de sus países miembros. Cito textual:

“La CEPAL es una voz del sur que intenta construir desde nuestra historia, desde nuestra cultura, nuestras insuficiencias y potencialidades, un pensamiento y un camino propio para la construcción de sociedades más justas”.

Y sí, se volvió más fuerte al estar consciente de sus limitaciones y sus posibilidades, más sabia por su experiencia con una dictadura y una democracia, y rica con la relación que la naturaleza tiene con su pueblo indígena, este espacio latinoamericano puede ser la cuna de una nueva civilización donde todos tenemos lo suficiente – una civilización basada en la historia única y las aspiraciones de su pueblo constituyente. Aquí, nueva vida puede ser integrada a la estética, y profundamente ética, visión de José Martí que nos recordó que:

“la naturaleza es hermosa, que la vida es un deber, que la muerte no es fea, que nadie debe estar triste ni acobardarse mientras haya libros en las librerías, y luz en el cielo, y amigos, y madres.”

¡Viva la amistad entre Irlanda y Cuba! **Gur fada buan an cairdeas idir mhuintir na hÉireann agus muintir Chúba!**